

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—El crepúsculo [poesía], por doña Amalia Domingo y Soler.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—El grano de alpiste, [por doña Micaela de Silva.—Clemencia (continua- cion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADO: Traje de casa.

EDUCACION É INSTRUCCION.

DISPOSICIONES CARACTERÍSTICAS.



CUANDO la obediencia, virtud de todos los niños, y la justicia y la verdad, bases de la sociedad humana, han formado las costumbres de corazon en las niñas, se pueden cultivar entonces los dones particulares de su sexo. Los efectos de esos dones no ofrecen menos peligros, y exigen por consiguiente iguales ó mayores cuidados, á los que deben prestar las niñas una estraordinaria y asídua atencion. ¡Qué perjuicio si no se les cultiva entonces! De cuánta ventura se privaría á todo el sexo!

La mayor parte de las disposiciones particulares, y que caracterizan á la niña y á la mujer, pueden y deben ser instruidas de esa viva sensibilidad que les caracteriza, en lo cual deben ellas mismas fijar toda su atencion. No bastan solamente los cuidados maternos y de las profesoras, es preciso que las mismas niñas pongan lo que esté de su parte para desenvolver ó moderar su sensibilidad.

El uso suele confundir, bajo el nombre de sensibilidad, dos disposiciones perfectamente distintas; el afecto y las emociones vivas, facultades que se experimentan desde la niñez, y que posee la mujer en alto grado; y en nada debe trabajarse tanto en la educacion, y deben poner tanto de su parte las niñas.

Cultivar los afectos es destruir el egoismo, que es el antagonismo natural. Si se quieren contemplar las afecciones tiernas en su mas perfecta pureza, hay que buscarlas en el amor maternal; solo él ofrece á

2.^a ÉPOCA.

nuestra vista y á nuestro sentimiento un rayo escapado del amor de Dios para la humanidad. Allí no hay ninguna idea de correspondencia, ninguna consideracion personal; el olvido de sí mismo es completo. La madre mira á sus hijos, los vé dormir, los siente respirar, cuenta hasta los latidos de su corazon, espía la mas imperceptible sonrisa de sus lábios, y si los cree dichosos, está contenta y su corazon se inunda de inmensa alegria. Ningun otro afecto le interesa y conmueve tanto. ¿Y cómo han de pagar las hijas este amor? Queriéndola con la misma pureza, con igual desinterés. Si la madre espía los menores movimientos de sus hijas para comprender lo que falte á su bienestar, á su felicidad, las hijas deben espíar los menores deseos de su madre, para satisfacerlos, para pagar así la inmensa deuda de gratitud que la tienen, para darla una ventura que es la única que llena su existencia.

Si el egoismo es, pues, la raiz ó base del mal moral, no siendo un vicio del corazon, ni proceder culpable que no pueda atribuirse al deseo inmoderado de hacer prevalecer su propio interés, es claro que la disposicion mas contraria al egoismo merece ser cultivada con preferencia por la educacion; y en este cultivo es en el que deben tener tanta parte las mismas niñas, porque á nadie como á ellas interesa tanto, porque nadie como ellas experimentarán las consecuencias favorables ó adversas que han de resultar de atenderlo ú olvidarlo.

En nuestros paises civilizados, entre la niñez y la juventud, y muy especialmente si la educacion ha sido muy esmerada, el deseo de agradar y de ser preferida importa mucho y tiene gran parte en los afectos. En otras edades no sucede así tanto: la naturaleza adquiere sus derechos sobre el corazon de la mujer; pero la victoria es frecuentemente dudosa, y no se obtiene sino á costa de algunos tormentos.

Y de qué proviene esto? De que la vanidad, cuando domina en el corazon, entraña penas, que no lle-

va consigo la verdadera ternura del corazón, que es la que reproduce en nuestro espíritu la esperanza de seres necesarios, aunque solo sea á la amistad, que no es impulsada por ningún interés bastardo, y que no se alimenta de lo que faltándole muere en el dolor. Madame Staël ha dicho con razón: El corazón recibe la herida, pero el amor propio vierte el veneno.

Cuando la ternura del corazón es bien dirigida, cuando las acciones se someten á la ley de la razón, cuando las leyes de la religión dirigen hasta los pensamientos, cuando se reprime la susceptibilidad sentimental, no hay que temer las consecuencias.

Que las niñas se aficionen á objetos que esciten venturosas tendencias á la bondad, y se pongan en relación con algunos de esos seres de los que nada esperan y que solo quieren hacerlos dichosos: bonitos animales que alimentar y que cuidar: niños mas pequeños á quienes vestir é instruir, y así se va despertando el deseo de causar placer, y se empieza á sentir la caridad, palabra cuya significación crecerá cada día en el corazón de las niñas. Ninguno de estos sentimientos causará desgracias, y dulcificarán los de los que reciben el favor.

Cuando el espíritu de la educación es enteramente contrario al egoísmo, debe cultivarse otro don concedido al sexo; esa sagacidad tan elevada que les hace penetrar hasta lo que pasa en el fondo del corazón. No puede negarse que esto no sea una facultad dichosa, un instinto necesario á seres débiles, cuyos intereses son tan vivos y los derechos tan poco reconocidos; pero no se olvide que desde la niñez deben adoptarse los medios de desviar el mal antes que llegue, y haya en la inteligencia un centinela avanzado que descubra de lejos todo lo que pudiera herir su delicadeza. Este tacto necesita ser ejercitado para evitar muchos males y producir no pocos bienes, y para mostrarse siempre amables en sociedad. Ejercítese desde la infancia el estudiar las fisonomías: que aprendan las niñas que han podido evitar tal ó cual reprimenda si hubiesen notado los primeros signos de disgusto que excitaban: examinen si se les sonríe con sinceridad cuando agradan, y si interesan sus relaciones por el placer ó la indiferencia con que se escuchan. Cuántos disgustos se evitarían las niñas si se pusiera en práctica esta educación! Y es tan fácil! Bien es verdad, que nada es difícil en su principio, cuando tan poco tiene uno que poner de su parte, y cuando inmediatamente se empiezan á ver los resultados que tanto pueden influir sobre el porvenir. Y cuando todo en la educación tiende á ese porvenir, nada puede ni debe parecer difícil; nada debe ser descuidado si no se quieren arrostrar después muy terribles consecuencias.

A. PIRALA.

EL CREPÚSCULO.

Nubes de púrpura y oro!
Celajes de azul y plata!
Media tinta que retrata
La grandeza del Señor!

Luz y sombra indefinible!
Vida y muerte indescifrable!
Manantial inagotable
De recuerdos de dolor!

Hora suprema en que el hombre
Ve su conciencia escondida,
Que vierte sobre su vida
Imperecedera luz!

Hora suprema en que el hombre
Por extraña coincidencia,
Une á su pobre existencia
Los recuerdos de la cruz!

Y Dios y hombre confundido
En un solo pensamiento,
Forman un vago lamento
Que va de la sombra en pos.

¡Murmullo triste y sin nombre
En que la razón no entiende,
Si Dios al mundo desciende
O llega el hombre hasta Dios!

¿De quién son esos lamentos?
¿Quién profiere esos gemidos
Que llegan á mis oídos
Con indefinible afán?

¿Sois quizás generaciones
Que se tocan y se alejan?
Los que han de venir se quejan
O lloran los que se van?....

¡Grandes sábios que la vida
Tras de la ciencia pasais!
Decidme, qué descifrais?
Comprendisteis mas que yo?

¿Pudieron vuestras miradas
Atravesar el espacio
Y llegar á ese palacio
Que nuestra fé concibió?

Mas ¡ay! que inclinan sus frentes
Con amargo desconsuelo,
Y me dicen que hay un velo
Entre el mundo y el no sér!

«Que hay un Dios tras esa altura
Que hizo todo lo creado;
Mas que al hombre no le es dado
El mas allá conocer.»

Mas que vuestra ciencia helada,
Y vuestro cálculo frio,
Podrá el pensamiento mio
Ver la luz de la verdad,

Porque dicen que al que llora
Cuando la tarde declina,
El mismo Dios ilumina
En su infinita piedad.

Si Dios al que llora enseña
Ese misterio profundo,
Qué pocos habrá en el mundo
Que lo sepan como yo!

Tuve una madre, Dios mio,
Que yo con delirio amaba;
Que en mí su dicha cifraba
Y que á mí se consagró!

Perdí su inmensa ternura
Cuando mas la comprendia,
Y tú sabes ¡madre mia!
Cuanto he llorado por tí!

¡Lloré en la noche callada!
Lloré en el alba riente,
Y cuando ya en occidente
El sol ocultarse ví!

¡Y siempre, madre, llorando
Por tu cariño profundo
Me encontré sola en el mundo,
Y es mi bien la soledad!

¡Qué lentas pasan las horas
En esas tardes tranquilas
En que buscan mis pupilas
Un algo en la inmensidad!

¡Dios omnipotente y bueno!
Si es verdad que tú me escuchas,
Y sabes las grandes luchas
Que en mi existencia sufrí,

Revélame lo que siento
Cuando las sombras estiendes,
Si es que tú hasta mí descienes
Ó si llevo yo hasta tí!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.



LA ENTRADA EN EL MUNDO.

XIII.

De Leonor á Adela.

Me has impuesto la obligacion de que te escriba todas las semanas, y no hay mas remedio que complacerte.

Ayer estuvimos en una de esas deliciosas reuniones de confianza, con que suele obsequiar á sus amigos la Duquesa. Los personajes mas distinguidos en letras, ciencias y categoria social, parecian haberse dado cita en aquel sitio.

Recuerdo perfectamente tu eterna frase: *indulgencia para todos*, y voy á referirte una escena, que lejos de divertirme, como quizás me hubiera sucedido en otro tiempo, me afligió, porque fué una amarga leccion para una persona á quien á pesar de todo aprecio mucho.

Se trata de dos de mis amigas, y antes de proseguir debo hacerte sus retratos.

La una se llama Dolores, y es dulce, modesta, sencilla y reflexiva. Sus padres la han dado una vasta y sólida instruccion, de la cual ha sabido aprovecharse; pero procura encubrir sus conocimientos con tan misteriosa coqueteria, que su trato seduce y enamora.

Beatriz, por el contrario, es una jóven altiva y petulante, que se ha condecorado á sí misma con el título de sábia. Ha viajado mucho, ha aprendido muchos idiomas, ha saludado las ciencias, y habla siempre con tono irónico y sentencioso. Es linda, es rica, y á pesar de eso los jóvenes huyen de ella, temiendo que los abruma con sus citas en inglés y en alemán.

Beatriz anda con paso mesurado, lleva muy alta la cabeza, y está siempre pronta á disputar sobre cualquier asunto de que se trate, como no sea de modas ó de bailes, porque entonces se encoje desdenosamente de hombros, y murmura entredientes: *niñerías, frivolidades*.

Gusta de montar á caballo, posée una rara habilidad para tirar al florete, y permanece impacible al oír la detonacion de una pistola.

Ayer, pues, entró en casa de la Duquesa, pero segun costumbre, en lugar de venir á formar parte de nuestro círculo, se sentó junto á su padre, cerca del círculo formado por los hombres.

Se trataba entre ellos de una cuestion científica.

Beatriz empezó á arreglar con énfasis los pliegues de su vestido, á mover la cabeza con aire de aprobacion ó desaprobacion, y á pronunciar sentenciosas palabras en voz baja.

Por fin se decidió á tomar la palabra, aunque nadie pareciese fijar la atencion en ella. Tiene suma facilidad para hablar, pero usa de espresiones tan rebuscadas y altisonantes que deslustran sus ideas.

La petulancia siempre ofende en sociedad, pero ofende mas en la mujer, cuyo mas bello patrimonio es el rubor y la modestia.

Quizás por zaherir á Beatriz hicieron recaer desgraciadamente la conversacion sobre el desarrollo intelectual que debe darse al bello sexo.

Escusado es decirte, que Beatriz pretende hacer de la mujer un doctor en leyes, y que sueña con su libertad é independencia.

—No, decia Leopoldo con fuego, yo no quiero asi á la mujer: reina absoluta del mundo moral, quiero que impere únicamente sobre el alma, quiero que estudie con el único objeto de adornar su alma de virtudes, quiero que aparezca á mis ojos envuelta en ese velo de cándida modestia, que las mismas gracias tejieron para ella, porque asi es como nos vemos obligados á adorarla de rodillas! Quiero que su luz llegue hasta mí, como la del sol cuando aparece en el oriente y tornasola las nubes con sus plácidos reflejos, y no como cuando brilla en el cénit, mandando á la tierra sus rayos ardientes que todo lo calcinan. Luz misteriosa y suave de la aurora, ¿puede compararse tu belleza con la rutilante luz del medio dia?

No, no; yo no quiero ver á la mujer brillando en los salones, quiero verla como un ídolo en su templo, que es el hogar doméstico: no la quiero coronada de laureles, sino de útiles espigas que fructifiquen en los cielos.

Los lauros terrestres que se marchitan y se convierten en impalpable polvo no son dignos de sus sienas: la corona que la sienta bien es la aureola esplendente de los justos.

Vd. créa que pretendemos rebajar la importancia de la mujer cerrándola los palenques de la gloria humana, yo opino por el contrario, que la ensalzamos, abriéndola los palenques de la gloria eterna. Nosotros la ensalzamos pretendiendo que se forje un pedestal tan alto, tan alto de virtudes, que toque con su frente la bóveda estrellada, y robe una parte de su esencia á los ángeles!

La discusion se acaloró: todos hablaban á un mismo tiempo.

—No es muy galante, repuso Leopoldo herido por una súbita idea, no es muy galante que todos á la vez impugnemos á esta señorita! Elijamos un defensor de nuestra causa, y elijámosle entre el mismo bello sexo. La suerte decidirá.

Echáronse en efecto suertes, y fuese por casualidad ó fuese hecho adrede, este honor recayó en la tímida Dolores.

Beatriz se sonrió con desdén: entre todas nos-

otras le pareció la adversaria menos digna de competir con ella.

Sucedió un profundo silencio al anterior tumulto, y Dolores con voz entrecortada, con el rostro encendido de rubor, balbuceó algunas excusas en voz baja. Pero á medida que hablaba, el fuego del entusiasmo brillaba en sus bellos ojos, y animándose por grados, dijo tan dulces y tan sentidas cosas, apoyando la tesis de Leopoldo, que todos se agruparon para verla, retuvieron hasta el aliento para oirla mejor.

A las réplicas ácras y desdeñosas de Beatriz, respondia con una dulzura adorable, casi como si la pidiese perdon de abrumarla con el peso de sus juiciosas reflexiones.

Dicen, y dicen con verdad, que el saber debe ser como el perfume de las flores, que se percibe y no es vé, como el calor del sol, que se siente y no se toca. Dolores hablaba con suma sencillez, no espresaba mas que ideas sencillas, y sin embargo las revestia con un encanto tan grato y persuasivo, que al par que la mente sojuzgaba el corazon.

No, no hay necesidad de hacer un vano alarde de conocimientos fastuosos y pueriles: donde hay fuego todo se ilumina: donde hay un aroma todo se perfuma.

—Yo me siento tan feliz, acabó diciendo Dolores, me siento tan feliz cuando leo algun libro piadoso para distraer á mi abuelita, cuando toco en el piano alguna melodía para embelesar á mi buen padre, cuando sentada junto á mi madre coso los trajecitos de mis hermanos, ó les enseño la leccion ó tomo parte en sus juegos, que creo que para la mujer amar es vivir: vivir y ser útil, y ser bendecida, es una misma cosa. Yo creo que como el ave solo es feliz cerniéndose en el espacio, la mujer lo es tan solo sumerjiéndose en ese éter sublime, formado de las emanaciones de las almas, y cambiando con ellas sus efluvios de amor y de consuelo.

¡Oh, sí, tiene razon Leopoldo: no hay corona mas bella para la mujer que la de útiles espigas que fructifican en los cielos; no hay hechizo comparable con el que la presta ese cándido y modesto velo que las gracias tejieron para ella!

Apenas Dolores hubo cesado de hablar, elevóse por todas partes un murmullo de entusiasmo, y mientras todos se acercaban á felicitarla, Beatriz se levantó bruscamente y salió con su padre de la sala.

ANGELA GRASSI.





Traje de casa.

HISTORIA DE UN GRANO DE ALPISTE.

Érase una niña cuyo nombre la convenia perfectamente, llamábase Amada, y como era dócil, buena y amable, todos la querían entrañablemente.

Habíanla regalado dos lindísimos canarios, que juntos habitaban una bonita jaula: estas avecillas, que todos conocemos por la belleza de su plumaje amarillo y lo canoro de su garganta, se llaman así porque su casta procede de las Islas Canarias, islas que pertenecen á España, y se hallan en las vecinas regiones del Africa: gozan de un clima delicioso, y su territorio es tan fértil, que por eso se las llamó tambien *Afortunadas*; en ellas se alza el famoso pico de Tenerife, uno de los montes mas elevados que hay en el mundo.

Amada era muy cuidadosa, y ella misma limpiaba la jaula de sus canarios, y proveíala de cañamones, alpiste, hojas de lechuga y agua cristalina; los pajarillos la conocían, y apenas se acercaba poníanse á piar con mucho mimo, y sacudían las alas como para decirla: «Ven, ven, que te queremos mucho.»

Ella entonces les abría la jaula, y era de ver lo contentos que se ponían, y cómo revoloteaban en torno de su cabeza, picoteando sus rizos, como si quisieran besarlos.

Parece imposible que unas aves nacidas para vivir libres como el viento, cuyas regiones cruzan vagorosamente, puedan hallarse á gusto encerradas en una estrecha jaula, pero ello es que los canarios cantan que se las pelan, y brincan gozosos de una caña en otra, sin que al parecer les aflija el cautiverio... ¡Qué tanto pueda la fuerza de la costumbre! Los pobrecitos nacen ya enjaulados.

Los canarios gustan de calentarse al sol, cuando éste no pica demasiado.

Amada tenia sumo cuidado de proporcionar ese goce á los cautivos, y apenas se levantaba corría en busca de la jaula, y una vez limpia y bien provista, colgábala en una ventana ó corredor adornado con varias macetas.

Una mañana sucedió que al ir á suspender la jaula torcióse un poco y cayeron algunos granos al suelo; uno fué á dar sobre la tierra de un maceton, y como la niña fuese á recogerle, su mamá la dijo: — «No le cojas, déjalo ahí metido en la tierra, y ya verás lo que sale despues.»

Entró la niña en curiosidad, y no pasaba dia sin que fuese á mirar si habia salido algo en la maceta; pero guardábase de urgar en la tierra, porque su mamá se lo habia prohibido.

Una mañana se halló con la novedad de que asomaba una hojita sumamente pequeña. ¿Qué será es-

to? se preguntó á sí misma, violentándose para no tocarla.

A los dos ó tres dias aquella hojita parecia dividida en dos, y en el centro veíase una cascarilla de alpiste, pero vacía, pues el contenido se habia transformado en aquella verde y diminuta planta; pues la semilla cuando cae sobre la tierra parece que se pudre, deshácese y muere, por decirlo así, para dar sér á otros retoños de su especie. Ved ahí como á cada instante obra Dios maravillas que los hombres nunca sabrán explicar.

—Mamá, preguntó Amada. ¿Qué planta será la que ha nacido en la maceta?

—La misma que sembraste, hija mia, respondió la su madre. ¿No te acuerdas ya del grano de alpiste?

—Vaya si me acuerdo! exclamó la niña con el rostro iluminado por el gozo, porque la inocente, casi, casi se creía la mamá de aquel retoño, y como toda buena madre se afana por precaver del riesgo á sus tiernos hijos, Amada queria entrar la maceta en su alcoba, temiendo que un soplo de viento le arrebatara su tesoro. ¡Es tan pequeñita! es tan frágil! decia. Si se queda en el corredor, ¿quien velará por ella?

—Dios, hija, Dios, la dijo su mamá: las plantas y las criaturas mas débiles, crecen bajo el amparo de su divina Providencia.

—Por eso no morirán las hormiguitas aplastadas, observó Amada. ¿No te choca, mamá, ver tantas, tantas, y tan pequeñitas, que van y vienen por el camino, y por él pasan carros, y caballerías y hombres, y á pesar de todo, las hormigas viven y trabajan, y se libran de los peligros?

—Ahí verás como es verdad lo que acabo de decirte, y que Dios atiende á la hormiga y al elefante, al tallo imperceptible de la yerba, y al cedro que toca en las nubes. ¡Dios es infinitamente bueno!

Amada hubiera querido pasar dias enteros al lado de su planta querida, pero tenia que ir al colegio y cumplir sus obligaciones. En las horas de recreo, hallaba un placer muy vivo en observar los progresos de la planta, y veíala crecer de dia en dia, echando nuevas hojas y tallos, que se alargaban de modo que ya tenían mas de un palmo de altura.

Amada no cabía en sí de gozo, frotábase las manos, y exclamaba mirando á sus canarios. —«Cantad, chiquirrititos míos, cantad, que para vosotros la he sembrado: el fruto que produzca vosotros lo comereis.»

Sin embargo, pasaban dias y dias, y la deseada panoja no aparecía visible. —¿Si no dará fruto mi planta? decia con voz insegura. —No seas impaciente, niña, el fruto que nace antes de tiempo rara vez se logra. Esto la decia su mamá, y Amada seguía esperando.

Un dia por fin apareció en la planta una especie de racimito; tentaciones tuvo de cortarle, tanta era

la prisa que tenia por obsequiar á sus pajaritos; mas reflexionó que aun era muy pequeño y decidióse á esperar.

Poco á poco, los verdes granitos fueron creciendo; pero cuál fué la sorpresa y el disgusto de la cultivadora cuando en vez de la panoja que aguardaba, se halló con un grupito de flores no muy lindas.

—Válgame Dios! exclamó casi llorando, lo que yo creía una planta de alpiste no es mas que un yerba bajo despreciable.

—Nunca desprecies las obras de Dios; exclamó su mamá; toda yerba es útil y buena, la que no sirve para una cosa sirve para otra. Mira, esas flores que desprecias, son la promesa del fruto que tanto codicias; tras ella vendrá la cosecha. Si los frutales no se cubren de flores en la primavera, tampoco dan fruto en el estío y el otoño; una cosa viene tras otra.

—Sí, pero tan despacio! exclamó la impaciente niña, y yo que no veo la hora dar el alpiste á mis canarios!

—Corta las flores y dáselas, verás lo que les aprovecha el regalo; te parece que comeríamos mucho pan si el labrador impaciente segase el trigo cuando está en yerba?

Avergonzóse la niña y prometió enmendar su impaciencia. Llegó el verano, y la espiga ó panoja que habia reemplazado á las flores fué creciendo, verde y blanda primero, y despues amarillenta y granada; por último hinchóse de modo que el tallo se inclinaba ya bajo su peso, maduróla el sol, endureciéronse los granos, y cada uno parecia una cuentecita de oro. Entonces la mamá dijo: Ya llegó el dia de la cosecha, puedes ya cortar la espiga.

Amada no se lo hizo repetir, cortó la panoja, deshízola, y extendió los granitos en la palma de la mano; corrió á la jaula, y abriéndola dijo á los prisioneros. —Comed, chiquirritos, comed, que para vosotros la he sembrado. ¡Cómo vais á regalaros ahora!

Comieron los pajarillos, sin derribar el mas pequeño grano, y cuando volvieron á la jaula, parecian darle gracias cantando y repitiendo unos trinos que hubieran podido dar celos á la Patti, si los ruisenores tuvieran algo que envidiar á los canarios.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.



CLEMENCIA.

Continuacion.

Su acento parecia menos sereno que de costumbre, y cuando la luz iluminó su fisonomía, exclamó su madre con terror:

—Qué pálido estás! ¿vienes malo? ¿te ha sucedido alguna desgracia?

Pero el jóven, que con su frente apoyada en la mano parecia reflexionar alguna cosa grave, no contestó, obligando á que su madre, mas alarmada, repitiese:

—Por favor, Augusto, qué tienes?

—Habla por Dios! añadió su hermana.

—Ah, Clemencia! murmuró con acento estraviado el jóven. Me sucede en efecto una desgracia que vosotras, tú sobre todo, hermana mia, puedes remediar.

—Habla, hijo mio, murmuraba su madre bañada en llanto; bien sabes que tu hermana y yo no sabemos rehusarte nada, ni repararemos en ningun sacrificio por evitarte un pesar.

—Ya sé que eres muy buena, querida mamá, pero esto depende de Clemencia. Ah! he sido muy imprudente! pero hay fatalidades, y despues los amigos, ¡quién confía en los amigos! Pommeraye, despues de haberme arrastrado... Miserable! me rechaza villanamente! ¡Ah, Clemencia! si no accedes á mis súplicas, no me queda mas recurso que precipitarme por esa ventana.

Las dos mujeres hicieron un movimiento de terror, y Mad. Ogé, en el mayor desconsuelo, rogaba á su hijo que se explicase.

—Hé aquí el hecho, exclamó Augusto dominando su tenaz vanidad con un penoso esfuerzo. Se trata de una pobre mujer, de la dueña de la casa que yo habito, la cual tenia un pequeño capital colocado á mezquino interés; me consultó el medio de hacerle mas productivo, me le entregó, y...

—¿Y qué?

—Qué hoy me pide ese dinero y no le tengo?

—¡Desgraciado! exclamó su madre con una energía de que no se la hubiera creído capaz.

—Lo he negociado, segun le ofrecí, continuó el jóven, le pagaba sus réditos, y con el capital intenté un negocio soberbio, cosa de ganar un millon, todo por enriquecernos y asegurar la suerte de mi hermana; pero ¡ah! no obstante las seguridades de Pommeraye, ¡todo se ha perdido!

Clemencia comprendió la verdadera situacion del jóven, mientras su madre no comprendia ó no queria comprender nada. Augusto continuó con tono ligero.

—Lo que me desespera es la terquedad de esa

mujer! Me asegura que si en ocho días no le entrego sus seis mil francos, me llevará ante los tribunales por abuso de confianza. Se trata de mi honor, del nombre de mi padre.... ¡Ah, qué desgraciado soy! y el jóven, lloraba, aunque á decir verdad su dolor no parecia muy sincero.

—Augusto, dijo entonces su madre con profundo pesar, jamás hubiera creído esto de tí, tan prudente, tan hábil parâ tus negocios; pero sin embargo, puesto que esta vez te has equivocado en tus cálculos, toma del capital de lo que á nosotros nos pertenece los seis mil francos para pagar á esa mujer.

—¡Pagarla! no tengo con qué, exclamó impetuosamente Augusto.

—¡No tienes dinero!

—Es decir... le tengo, pero... no disponible. Está comprometido en grandes especulaciones, y es preciso esperar ó se perderá todo.

—¡Qué se pierda! primero es satisfacer esa deuda.

—¡Imposible!

—¡Cómo! ¿por qué?

—No puedo explicarlo, no me comprenderías.

—Madre mia, murmuró entonces Clemencia, casi tan pálida como su hermano, muchas veces me has dicho que iba haciendo algunos ahorros con mis ganancias: entrégaselo á Augusto, y uniendo á ello la herencia que me corresponde de mi padre, que pague, que pague en el acto.

Mad. Ogé en vez de contestar miró con angustia á su hijo, el que prosiguió en estos términos:

—Qué buena eres Clemencia, nunca he dudado de tu generoso corazón! Si quieres en efecto salvarme, no tienes mas que ir á ver á la Condesa y te prestará esa cantidad. ¿Qué son seis mil francos para ella?

—¿Pedir dinero á la Condesa? Nunca. Además, está en Lóndres y no sabría adónde dirigirle mi carta.

—¡Entonces estoy perdido! exclamó Augusto con verdadero espanto.

—¿Por qué, insistió Clemencia, no te digo que en vez de pedir pongo á tu disposición cuanto he ganado, cuanto poseo?

—Has perdido la cabeza, exclamó el jóven bruscamente. Claro está que si tuviéramos dinero no tendríamos que pedirle. Tu capital como el mio está empleado en este momento y no podemos disponer de él.

Y cambiando repentinamente de tono murmuró:

—Pero me ocurre una idea: una vez que la Condesa no está aquí dirígete á Julio. A mí no me prestaría cien francos, pero á tí no te negará cuanto le pidas, porque te ama siempre; me lo ha dicho.

—Y quieres que yo abuse de su confianza para obtener lo que á tí te rehusaría!

—Es preciso, hermana mia, no hay un instante que perder: si la carta no sale de aquí esta misma noche, no hay remedio para mí.

—Clemencia recordó entonces el ofrecimiento de Julio, y en medio de todas sus amarguras oyó con grata emoción las palabras que su hermano acababa de pronunciar. «Te ama siempre; me lo ha dicho.»

Su hermano aprovechando su confusión, añadió presentándole una luz:

—Toma, retírate á tu cuarto, y escribe una carta cariñosa... piensa que de lo que vas á hacer depende el nombre que llevas. ¡Ah! y no olvides decirle que tú respondes con tus bienes y tus economías de semejante cantidad.... porque es muy interesado!... En fin, hermana mia, escribe con el corazón para que esa carta nos dé el resultado apetecido.

Clemencia fijó en su hermano una mirada de desprecio y tristeza, y se encaminó lentamente á su cuarto: entonces Mad. Ogé, arrastrando á su hijo violentamente hasta el extremo de la sala mas distante del cuarto de Clemencia, murmuró á media voz, pero con energía:

—Me has engañado, me has dicho que tus negocios caminaban prósperamente; me has arrancado poco á poco los ahorros que tu hermana ganaba con tanta amargura, y ahora veo que en lugar de ganancia solo podemos esperar pérdidas considerables.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Explicacion del grabado de Modas que va en el texto de este número.

FIG. 1.^a TRAJE DE CASA.—Falda de poplín gris. Camiseta de fular azul. Collar de dos vueltas de cuentas doradas. Cruz, lisa, de oro, cincelada. Zapato de satén azul, forrado de seda, con hebilla entre su lazo de terciopelo.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.